

a

vol. 22
nº 1
febrero
2004

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN

dis tan



Monográfico:
25 años ^{en} de Constitución

La política y los toros

"El amor que no osa decir su nombre...":
Gays: la diferencia de cada cual

Cuaderno de Cultura:
Alberti, M.^a Teresa León, Dalí

Sociedad e Información:
Internet ya es una realidad...
y la brecha digital, también

Cla

sumario



Monográfico

- 3** *Veinticinco años
de la Constitución*
Joaquín LEGUINA
- 8** *¿Qué fue de aquel consenso?*
Joaquín LEGUINA
- 13** *Desarrollo económico del período
constitucional*
FRANCISCO L. DE VIERA SANTANA
- 18** *La transición médico-sanitaria
española*
José María SEGONA DE ARANA
- 25** *La vivienda en el período
constitucional*
José Justo TINAUT ELORZA
- 33** *La Constitución de 1978 y su
efecto en la formación y el
desarrollo de las ciudades*
MILAGROS CALLE OLMEC
- 39** *Las telecomunicaciones en el
período constitucional*
VICENTE ORTEGA CASTRO
- 43** *Ciencia y tecnología en la
universidad constitucional*
José Ramón CASNA CORREDERA
- 49** *La administración del saber.
25 años de educación
constitucional*
FERNÁNDO ÁLVAREZ PALACIOS
- 55** *La cultura: entre el mecenazgo
y la subvención*
José GARCÍA GARCÍA
- 61** *La imagen emancipada*
RAÚL EDUZÁBAL
- 66** *Consejos Sociales, universidad y
sociedad*
José María FLORÍA CEVA
- 69** *La arquitectura
constitucional*
NIEVES MONTERO ARRANZ
- 76** *La Convención y la Constitución
Europea*
José BORRELL FONTELLES
- 
- ## Colaboraciones
- 80** *La política y los toros*
JUAN GÓMEZ CASTAÑEDA
- 89** *Los estereotipos femeninos
en el pensamiento mítico*
ROSA MARÍA RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ
- 95** *Tal como éramos...*
(Algunas reflexiones en torno
a la sociedad rural tradicional
española: 1950-1970)
JUAN MANUEL GARCÍA BARTOLOMÉ
- 107** *La I + D + i en España*
MANUEL VISO AGUILAR
- 115** *«El amor que no osa decir
su nombre...»: (2) Los Gays y
la diferencia de cada cual*
PEDRO ZERULO
- 121** *Un paseo de (0) buen gusto:
gastronomía y arte*
ALFONSO DE CLAVER MONTES

Tal como éramos...

(Algunas reflexiones en torno a la sociedad rural tradicional española: 1950-1970)

«Feliz vida la del aldeano, el cual no se levanta con el cuidado de madrugar al Consejo, de ir a las diez a Palacio. En lugar de estos cuidados tiene el aldeano otros pasatiempos, es a saber: oír bailar las ovejas, mugar las vacas, cantar los pájaros, graznar los ánsares, gruñir los cochinos, bramar los toros. Es privilegio de aldea que allí sean los hombres más virtuosos y menos viciosos, lo cual no es cierto en la Corte en las grandes repúblicas, donde hay mil que os estorben el bien y cien mil que os inciten al mal.»

Menosprecio de corte y alabanza de aldea, Fray Antonio de Guevara, 1539.

En las líneas siguientes se reflexiona, dentro de un nuevo paradigma de la ruralidad y del contexto de la sociedad posindustrial, sobre el significado de la sociedad rural «tradicional» en décadas pasadas.

Se analizan las principales características demográficas, sociológicas y económicas de la sociedad rural «tradicional» y su transformación. Asimismo, se exponen algunas de las razones que fundamentan la actual «modernidad» de la ruralidad y su significado positivo en la construcción de la formación identitaria de las sociedades posindustriales.

Sin olvidar el carácter utópico y finalista del libro «Menosprecio de corte y alabanza de aldea», escrito por un fraile montañés en el siglo xvi, ahora, en los inicios de este nuevo siglo y en el contexto de una ruralidad posindustrial y desagrarizada, reflexiones como la que encabeza este artículo, adquieren un significado especial.

El citado discurso inherente al menosprecio de corte y alabanza de aldea» ha calado fácilmente en la actual sociedad urbana, que busca ansiosamente su identidad, a través de un viaje «de vuelta» hacia los valores de un mundo rural (a menudo idealizado utópicamente), grabado en la imagen colectiva de la memoria histórica de muchas personas que vivimos en el medio urbano, pero que no olvidamos nuestros orígenes rurales.

Sin duda, en la representación colectiva de la ruralidad, ésta ha pasado de ser considerada como un espacio atrasado y marginal, a otro depositario

de la identidad personal y colectiva, referente de «un modus vivendi» más auténtico, de mayor calidad, e impregnado, al mismo tiempo, de ciertos valores de la posmodernidad.

JUAN MANUEL
GARCÍA
BARTOLOMÉ

DOCTOR EN
CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIOLOGÍA. JEFE
DEL ÁREA DE
DOCUMENTACIÓN
DEL MINISTERIO DE
AGRICULTURA,
PESCA Y
ALIMENTACIÓN

NUEVOS PARADIGMAS DE LA RURALIDAD

En cierto modo, las dicotomías sociológicas clásicas entre lo rural y lo urbano-industrial reflejaban la realidad existente cuando fueron elaboradas, pues en aquellos momentos lo rural constituía habitualmente un espacio,

cuya forma de producción, valoraciones y estilos de vida contrastaban fuertemente con el medio urbano. Por el contrario, en el contexto posmoderno, esa dicotomía rural-urbano se difumina y se configuran múltiples ruralidades, cargadas de significados positivos para la formación identitaria de las sociedades posindustriales.

Dentro del contexto teórico de la «reestructuración rural», las nuevas concepciones de la ruralidad pueden ser entendidas como construcciones sociales tendentes a simbolizar distintas alternativas a las aspiraciones de los urbanos, que buscan su identidad en un mundo cada vez más globalizado. Así, se abandona la variable rural-urbana como categoría explicativa y se deja de identificar lo rural con lo agrario, acentuándose el análisis de las nuevas funciones, nuevos conflictos, nuevas identidades, nuevas desigualdades que se conforman en estos espacios rurales de las sociedades posindustriales.

Los nuevos paradigmas de la ruralidad, ejemplificados en la cita inicial de este artículo, referentes al reencuentro con la naturaleza, al respeto del medio ambiente, la calidad de vida, la preocupación por «lo local» en «la aldea global», evidencian la crisis de la idea del «progreso continuo», que inspiró un modelo de industrialización y modernización, propio del período histórico analizado brevemente en este artículo.

PRINCIPALES RASGOS DE LA SOCIEDAD RURAL ESPAÑOLA

Aunque la sociedad rural y el sistema agrario del Antiguo Régimen correspondía a una forma de organización social y uso del suelo tradicional, sin embargo el calificativo de «sociedad ru-



ral y agricultura tradicional» se ha venido aplicando al sistema que perduró desde mediados del siglo XIX hasta la crisis de la década de los sesenta, centrándonos en este artículo en el período de 1950 a 1970.

El marco de relaciones sociales de la ruralidad tradicional se articulaba sobre el parentesco, con una orientación esencialmente comunitaria, basada en vínculos de sangre y vecindad, con una fuerte interacción social que se traducía en un mayor grado de solidaridad. Se trataba de un sistema social endogámico, con un escaso grado de movilidad territorial, ocupacional y social.

Dentro de este contexto, «lo rural» se identificaba prácticamente con lo «agrario» y se mantenía un contacto directo y una relación armónica con la naturaleza, conformándose un sistema económico orientado fundamentalmente a la satisfacción de las necesidades familiares y no a la comercialización. La explotación familiar agraria y el campesinado conformaban el núcleo central de

EN la representación colectiva de la ruralidad, ésta ha pasado de ser considerada como un espacio atrasado y marginal, a otro depositario de la identidad personal y colectiva...



la estructura social de estas comunidades rurales tradicionales.

Los sistemas agropecuarios tradicionales, basados en el policultivo de subsistencia, la cría de animales, una abundante mano de obra, un débil grado de mecanización y la tracción animal, se integraban armónicamente en los ecosistemas rurales.

Sin olvidar los graves problemas alimentarios en la España de la posguerra, el campesinado de aquellos momentos, que constituía la base social fundamental de la sociedad rural, poseía el necesario conocimiento local y experimental para el manejo sostenible de los recursos naturales. En el contexto de una economía de subsistencia, este conocimiento de la naturaleza se convierte en un componente decisivo en la implantación de la estrategia campesina de supervivencia basada en el aprovechamiento múltiple y equilibrado de los recursos naturales.

De todas formas, con independencia de esa relación equilibrada hom-

LOS nuevos paradigmas de la ruralidad evidencian la crisis de la idea del «progreso continuo», que inspiró un modelo de industrialización y modernización en este período...

bre-naturaleza, conviene romper el tópico de una sociedad rural «idílica» y carente de conflicto; por el contrario, en la áspera sociedad rural de la España de ese período, además de los problemas alimentarios existentes, el analfabetismo, el conflicto social larvado, los bajos salarios en la agricultura, el férreo control ideológico del franquismo (que más adelante se comenta) y la carencia de equipamientos conformaban una España rural auténticamente «negra».

Dentro de este páramo intelectual de la España rural de aquellos momentos, la figura del maestro «nacional» y de los agentes de Extensión Agraria fueron esenciales para aliviar los problemas culturales de las personas del medio rural y para la modernización de la agricultura española.

Sin olvidar, tal como recuerda Andrés Sopena en «El florido pensil», que «el franquismo realizó el más poderoso intento adoctrinador de toda nuestra historia» y que la escuela rural era utilizada con esta finalidad, las Enciclopedias y Catecismos de la época, con su «imprimatur» y «nihil obstat», sirvieron para alfabetizar e instruir a niños y adultos y dar a conocer los conceptos básicos de la actividad agraria.

Así, por ejemplo, el *Catecismo de Agricultura*, editado en 1901 por la Editorial Calleja, que tan significativamente contribuyó a la «ilustración» de una España con una alta tasa de analfabetismo, decía literalmente:

— *Pregunta:* ¿Es importante la agricultura?

— *Respuesta:* Muchísimo. Mediante ella obtiene el hombre sustancias con que atender a su alimentación, a su abrigo, a la conservación de la salud; proporcionándole también las primeras materias para gran número de industrias.

Dentro de este contexto, las relaciones campo-ciudad estaban marcadas por el dominio de las actitudes y comportamientos urbanos, y la mirada urbana construyó para el mundo rural un estigma que se condensa en la figura social del «paleta», recreada en la filmografía española de la época. Las clases acomodadas urbanas del «desarrollismo y del milagro económico español» de esas épocas se lanzaron a experimentar los gozos de un estrenado consumismo, lejano de la austeridad del medio rural.

Mostrar en las películas de la época el aeropuerto de Barajas, los hoteles, las torres de nuevos apartamentos, las discotecas, los cabarets, la proeza del «paleta», enriquecido tras la venta del melonar vecino a la ciudad para edificar una urbanización de lujo (*Hay que educar a papá*, Lazaga, 1970), se convirtieron en tópicos de este tipo de cine, que pretendía mostrar los efectos benéficos del denominado «milagro económico español».

«El hombre de la boina», «el paleta», encarnado por Tony Leblanc, José Luis Ozores o Alfredo Landa, entre otros, y especialmente el «paleta» por excelencia, encarnado por Paco Martínez Soria en *La ciudad no es para mí* (Lazaga, 1966), pusieron de manifiesto esa dominación de la cultura urbana que contribuyó a la desintegración social del medio rural español.

La población española era predominantemente rural y la actividad fundamental era de carácter agrario. Un 39% de la población vivía en entidades menores de 2.000 habitantes, típicamente rurales, un 24% en entidades de 2.000 a 10.000 habitantes, predominantemente rurales, y prácticamente el 50% de la población activa era agraria.

Durante el período analizado (1950-1970), España alcanza un nivel de concentración de la población y de urbanización



que había requerido casi un siglo para el resto de los países europeos, y se inicia un proceso de desagrarización en el medio rural que se consolida en la segunda mitad del siglo pasado.

Desde el fin de la Guerra Civil en 1939 hasta los años setenta, existen dos fases diferenciadas en cuanto a la contribución del sector agrario al desarrollo económico general del país. En una primera etapa, que llega hasta mediados de la década de los cincuenta, se trata sobre todo de una aportación en términos de alimentos y de formación de capital, pero con posterioridad, la exportación de trabajo humano hacia los sectores urbanos e industriales de la economía constituye el aspecto más destacado¹.

El campesinado de aquellos momentos constituía la base social fundamental de la sociedad rural y poseía el conocimiento necesario para el manejo sostenible de los recursos naturales...

¹ Sobre este tema se cuenta con una abundante bibliografía especializada, iniciada con la aportación de Naredo (1971): *«La evolución de la agricultura española. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales»*. Ed. Esetela. Posteriormente, el libro de Leal, Naredo, Tarrafeta y Leguina (1975): *«La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970). Siglo XXI»*.



El fenómeno del éxodo rural, relacionado con el proceso de industrialización, modernización y urbanización, especialmente intenso en la década de 1960 y 1970, ha provocado los desequilibrios generacionales (envejecimiento de la población rural y agraria), de género (masculinización rural entre los grupos generacionales con mayor capacidad genésica) y territoriales, que actualmente afectan a nuestra sociedad rural y agricultura y que condicionan el desarrollo del medio rural y el relevo generacional en el sector agrario.

La primera fase de este proceso emigratorio quedó perfectamente plasmada en la película *Surcos* (Nieves Conde, 1951). Al Madrid depauperado de la posguerra, concretamente a Lavapiés, llega la familia campesina del filme *Sur-*

Tierafeta (1979): *La capitalización de la agricultura española 1962-1975*. Banco de Crédito Agrícola, y últimamente Reig y Picazo (2002). *La agricultura española: crecimiento y productividad*. Caja de Ahorros del Mediterráneo.

cos. En su presentación, figura el siguiente texto del escritor Eugenio Montes, reflejo del espíritu del intenso éxodo rural que ya se inicia en aquellos momentos:

«Hasta las últimas aldeas llegan las sugerencias de la ciudad, convidando a los labradores a desertar del terruño, con promesas de fáciles riquezas. Recibiendo de la urbe tentaciones, sin preparación para resistirlas y conducirlas, estos campesinos que han perdido el campo y no han ganado la muy difícil civilización, son árboles sin raíces, astillas de suburbio que la vida destroza y corrompe. Esto constituye el más doloroso problema de nuestro tiempo. Esto no es símbolo, pero sí un caso, por desgracia, demasiado frecuente en la vida actual».

La amarga crítica que se pone de manifiesto a lo largo de todo el film ilustra la dureza del éxodo rural. La realidad se impone a las falsas esperanzas creadas por el entorno mediático que exaltaba las bondades de la ciudad. La trayectoria profesional de los protagonistas son ilustrativas de la dureza del éxodo rural: la hija, de criada a prostituta; el hijo mayor, de labrador a chófer implicado en operaciones de estraperlo; el hijo pequeño, de labrador a chico de los recados; el padre, de labrador a peón de fábrica, pasando por pìpero. La película, así, rompe cualquier visión optimista de los movimientos emigratorios de esa época, causa y efecto al mismo tiempo de la crisis de la sociedad rural tradicional española.

A partir sobre todo de 1959, con la apertura de fronteras que sigue al Plan de Estabilización, se generaliza la emigración del campo a la ciudad, y se consolida «el estampido de la desesperanza». La atracción de Europa en un momento de fuerte expansión económica (Vért-

LA LAS clases acomodadas urbanas del desarrollismo español de esa época se lanzaron a experimentar los gozos de un estrenado consumismo, lejano de la austeridad del medio rural...

te a Alemania, Pepe. Lazaga, 1971) y la de las regiones más industrializadas del país, provoca que las condiciones de vida en el campo se hagan insoportables. Se produce un desplazamiento de población sin precedentes en la historia de España, una marcha masiva y silenciosa de hombres y mujeres hacia la aventura individual de buscar un futuro diferente para ellos y sus hijos en las zonas industriales de España y el extranjero.

El proceso de emigración rural selectivo, diferenciado y «fragmentado», ha sido la expresión de un cambio social generalizado, que se produce sobre todo en el período histórico analizado, proporcionando mano de obra barata y abundante para el desarrollo industrial y para la modernización de España.

A partir de los cincuenta y hasta los setenta, el trasvase de población del campo a la ciudad adquiere una gran intensidad, disminuyendo enormemente el peso poblacional del medio rural. Aproximadamente, en un período de unos cincuenta años, la población rural española se ha reducido como media en un 40% y, en algunas regiones, y en muchos pueblos, la caída ha sido bastante más intensa, llegándose incluso a abandonar totalmente un considerable número de pueblos en España.

Este proceso de pérdida demográfica de las zonas rurales se desacelera en la década de los setenta; a partir de la década de los ochenta muestra claros síntomas de paralización y en la década de los noventa se inicia un selectivo proceso de «renacimiento rural», que afecta a los espacios rurales periurbanos, los relacionados con el turismo litoral o de interior, agrocidades y pueblos en el entorno de agriculturas dinámicas e intensivas².

² CAMARERO, L. (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano (Ocaso y renacimiento de los asen-*



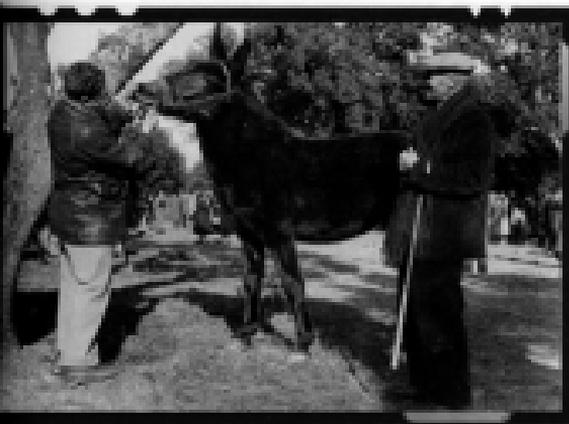
LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA PRODUCTIVO Y SOCIAL DE LA AGRICULTURA

Durante el período 1950-70, la población activa agraria española pasó de representar prácticamente la mitad de la población activa, a una cuarta parte. La tendencia al declive de la población agraria, iniciada a comienzos del siglo XX, que se había frenado, e incluso recuperado, como consecuencia de las secuelas de la Guerra Civil, se reanuda en los años cincuenta. Durante esa década y la siguiente tiene lugar el éxodo rural ya comentado, que afectó en primer lugar a los asalariados del campo, posteriormente a los miembros de la explotación familiar agraria y finalmente a los pequeños agricultores.

A lo largo de los treinta años que van de 1940 a 1970, se ha estimado un saldo

A partir de los cincuenta y hasta los setenta, el trasvase de población del campo a la ciudad adquiere una gran intensidad, disminuyendo enormemente el peso de población del medio rural...

tamientos rurales en España) y GARCÍA SANZ, B. (1995): *La sociedad rural ante el siglo XXI*, entre otros, han estudiado estos procesos sociodemográficos.



migratorio del orden de los 3.140.248 activos agrarios, resultando particularmente acusado este proceso en los años sesenta (aproximadamente dos millones de personas), y escaso durante la década de los cuarenta. Según los Censos de Población, en 1940 había 4.780.592 personas activas en la agricultura, y en 1970 esta cifra se había reducido a 2.958.700².

Por otra parte, el notable descenso del significado del producto interior bruto agrario con respecto al total nacional (desde un 29,5% del total en 1950, a un 11% en 1970) pone de manifiesto la variación del papel de la agricultura en el sistema económico nacional, que se consolida a partir de la década de los sesenta, como consecuencia de factores concurrentes, relacionados con la demanda de alimentos, la drástica caída de la mano de obra activa ya comentada y, sobre todo, con el desarrollo de la mecanización a gran escala.

DURANTE el período 1950-70, la población activa agraria española pasó de representar prácticamente la mitad de la población activa, a una cuarta parte...

El acelerado progreso de la mecanización durante este período y el aumento sustancial de los fertilizantes y otros inputs de origen industrial conllevaron mejoras importantes de los rendimientos por unidad de superficie, incrementos de la productividad, y una modificación estructural de sector agrario y del papel del campesinado.

La mecanización agraria se inició en las fincas de mayor tamaño, reforzándose en la década de los cincuenta. El Censo Agrario de 1962 pone de manifiesto que la dotación de maquinaria por hectáreas labrada era bastante mayor en las fincas grandes que en las pequeñas. En 1962, las explotaciones agrarias de más de 100 hectáreas disponían de un porcentaje del parque de tractores muy superior al de la superficie labrada, utilizando un tractor por cada 184 hectáreas labradas, mientras que las explotaciones de menor tamaño sólo disponían de un tractor por cada 270 has. labradas.

La transición de un sistema agrario «seminatural», que hacía un escaso uso de los inputs ajenos al sector (años 50), a una agricultura moderna, altamente capitalizada e intensiva en inputs de origen industrial, unida a la fuerte alza de costes salariales, modificó no sólo la función de la agricultura en el conjunto del sistema económico, sino también la estructura de las explotaciones agrarias y el papel de los agricultores.

El viejo segador que en la película de J. A. Bardem, *La venganza* (1959), se lanza entusiasmadamente contra un tractor que le quita el trabajo, ejemplifica el drama de los jornaleros agrícolas desplazados por el proceso de mecanización de la agricultura española en su etapa modernizadora.

Entre finales de los años 40 y 1973 se produjo una sustitución de la tracción basada en la energía metabólica (tra-

² Ruiz, E. y Proaza, A. (2001) op. cit., p. 25.

bajo humano y tracción animal), que suponía un 90% del total en 1947, por la tracción mecánica, que alcanzó el 95% en 1973. En las dos décadas posteriores se culmina este proceso, de forma que en los primeros años 90 puede estimarse que la aportación del trabajo y la tracción animal suponían ya menos de 1% de la potencia de la tracción disponible en el sector agrario, desarrollándose un fuerte proceso de mecanización de las labores productivas y de intensificación y capitalización de la agricultura española⁴.

En el periodo 1950-1977, la sustitución de trabajo humano y animal por tracción mecánica se produjo a razón de una disminución de 6,8 trabajadores y 3,6 animales de fuerza por cada tractor introducido. En 1947, el trabajo humano y animal aportaba más del 90 por 100 de la energía mecánica aplicada a la agricultura, mientras que los motores aportaban menos del 10 por 100, nutriéndose además de un 37 por 100 con electricidad, mayormente de origen hidráulico. Sin embargo, treinta años después, en 1977, esa relación originaria se encuentra completamente invertida: el parque de maquinaria aporta más del 90 por 100 de la energía mecánica aplicada a la agricultura, nutriéndose casi en su totalidad con cargo al petróleo. Los procesos de intensificación y capitalización han sido especialmente relevantes, aunque con distintas intensidades a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta.

Los dos indicadores sintéticos más significativos revelan este proceso de modernización de la agricultura española: el índice de mecanización (C.V./100 ha de superficie labrada) ha pasado de



35 en 1964, a 253 en 1994 y a 295 en 2000; el consumo de fertilizantes por ha de superficie fertilizable (kg/ha) ha pasado de 51,7 en 1964 a 115,7 en 1994 y a 142 en 2000.

En este sentido, existe una expresiva publicidad sobre la innovación en los medios de producción agrícola y ganadero de la etapa histórica en cuestión, tendente a convencer a los agricultores de las «bondades» de las innovaciones tecnológicas que incrementarían la productividad agraria y ganadera.

La modernización y difusión del progreso técnico transformaron radicalmente el papel de la agricultura y de los agricultores en la sociedad rural. Las innovaciones mecánicas, químicas y biológicas que se iniciaron en el periodo comentado, modificaron sustancialmente los sistemas de producción vegetal, animal y las relaciones sociales. A un modo de trabajo, e incluso de vida, determinado por la tradición y las relaciones con la naturaleza, le ha sucedido otro muy diferente, dominado por

EN ENTRE
límites de los años
40 y 1973 se
produjo una
sustitución de la
energía
mecánica, que
suponía un 90%
del total en 1947,
por la tracción
mecánica, que
alcanzó el 95%
en 1973...

⁴ Arce y Navarro, 2002.



las normas del mercado, la cualificación profesional, y el dominio de las tecnologías avanzadas.

Como consecuencia de estos procesos de éxodo rural, mecanización y «modernización», se ha originado una lamentable pérdida, muy considerable, del valioso patrimonio cultural y material de carácter etnológico de nuestro medio rural, que en estos momentos de búsqueda de identidad colectiva trata de recuperarse y comienza a valorarse positivamente.

El alocado proceso «modernizador», de los sesenta y setenta, que se expandió por la sociedad rural tradicional en el período analizado, consideró al olvido y abandono de elementos materiales y culturales, relacionados con la arquitectura y artesanía popular; sables y artes de labranza, tecnología agraria, ganadera y forestal, tradiciones y costumbres, folklore y, en último término, la pérdida del conocimiento local que permita un aprovechamiento equilibrado de los recursos naturales.

LA firma política del franquismo, elaborada con elementos de socialcatolicismo y falangismo, tuvo en su planteamiento original, y durante mucho tiempo, una clara dimensión agraria...

Actualmente, y tras los frustrados intentos de Cerezo Barrojo de crear un Museo Nacional de Artes y Tradiciones Populares, se intenta recuperar, todavía sin una adecuada coordinación nacional, y a través de diversas iniciativas, normalmente de carácter local, este patrimonio rural que forma parte de nuestra memoria histórica⁵.

No se puede acabar esta rápida panorámica del cambio agrario sin resaltar cómo, en el triste escenario de la España rural, que registraba una considerable tasa de analfabetismo, la difícil labor de los maestros rurales rurales y de otros profesionales dedicados a la formación y extensión agraria fue fundamental para el desarrollo del medio rural y la modernización de la agricultura.

LOS DISCURSOS IDEOLÓGICOS DEL FRANQUISMO

La ideología franquista que sustentaba el régimen franquista, sobre todo durante su primera etapa, estaba fundada en gran medida en un «discurso» agrarista y campesino.

La producción «literaria», cargada de doctrinario fervor patriótico sobre los hombres del campo, la agricultura y la tierra, fue abrumadora. Concretamente,

⁵ Por suerte, en el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, se conserva un valioso archivo fotográfico, de gran interés etnográfico (alguno de cuyos fondos son utilizados en este artículo), procedente del desaparecido Servicio de Promoción Agraria, que constituyó un Consorcio nacional de fotografías, agrícolas, ganaderas y forestales, perfectamente desde 1951 a 1975, al que se presentaron fotografías de gran calidad estética y de inabundable valor etnográfico.

Una muestra de estos fondos fotográficos pueden consultarse en la publicación: *Imágenes del campo y sus gentes*, editada en 1981 por el Servicio de Promoción Agraria del Ministerio de Agricultura.

el Semanario Infantil «Flecha», editado por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F.E.T. y de las J.O.N.S. publicaba en su número de febrero de 1938, la siguiente joya «literaria»:

... Con la paz, los hombres del campo recuperaron las caballerías y aperos de labranza —que les arrebataron los marxistas— y empezaron a recibir a la sazón el beneficio de su trabajo.

... Las tierras que fueron rojas se estrecharon de nuevo bajo los hierros del arado campesino, que sahada brava es otro a la nueva España.

... En las que fueron tierras yermas, de honda pobreza desolada, los surcos recién trazados dan al campo un aspecto gozoso, nuevo y fértil.

Por su parte, la Revista de la Sección Femenina Consigna, de diciembre de 1940, hablaba de cómo «la mujer de la Falange quiere llenar los aires de la Patria con los sonos antiguos del trigo y de la tierra». Pilar Primo de Rivera, en un retórico discurso, desmentido por la cruda realidad posterior, decía en 1950 a las mujeres de la Sección Femenina: «Téneis en vuestras manos la mejor parte de España: la gente campesina; por eso queremos elevar la vida de los pueblos, para que esa gente no sienta la necesidad de irse a las capitales, donde todo les es extraño: desde la fábrica donde trabajan, que no les pertenece, hasta la casa donde viven, que es alquilada; queremos que se encanten con la tierra que es suya, con la casa que es suya y con el ambiente despejado del campo»⁴.

⁴ Orasso, L. (2000): *Flechas y Palabras y La Sección Femenina*. Edal. El Boletín Surco (1942-48) y la Revista Mensual (1947-1978) de la Confederación Nacional de Cámaras Agrarias contribuyeron al adoctrinamiento franquista del campesinado.



La fórmula política del franquismo, elaborada con elementos de socialcatolicismo y del falangismo, tuvo en su planteamiento original, y durante un gran periodo de tiempo, una clara dimensión agraria.

El núcleo ideológico aglutinante giró en torno a la denominada «soberanía del campesinado». Se sustentaba en una mitificación de la sociedad rural y en el valor material y simbólico de la tierra, como medio de producción básico en la España destruida de la posguerra y como referente de la integridad moral del campesino frente al obrero industrial⁵.

A través de esta ideología retórica, se manifestaba una aspiración a conservar un modelo armónico del mundo rural y de la agricultura al margen de cualquier conflicto social, de acuerdo

TRAS este
síntico análisis
de los principales
rasgos
sociológicos,
resulta
conveniente
destacar el
selectivo
«renacimiento
rural que está
dándose en
nuestro país...

⁵ Gómez Borrero, C. (1995): Ha llevado a cabo la investigación más completa sobre la política agraria en España durante el periodo 1936-1959. Véase: *Política Agraria y expertos: un estudio de la política agraria y de la sociología rural en España (1936-1959)*. Siglo XXI.



con los presupuestos corporativistas del franquismo⁵.

La finalidad real de esta construcción ideológica era la de captar para el Movimiento Nacional a la masa de pequeños y medianos propietarios, garantizando la subordinación del pequeño campesinado a la gran propiedad, aliviando la conflictividad de los jornaleros agrícolas, restaurando así la organización social agraria preexistente a la Segunda República.

De hecho, el régimen franquista supuso un reforzamiento brutal de la posición hegemónica de las clases terratenientes más reaccionarias del Antiguo Régimen, cuyo poder había persistido prácticamente intacto en sus masivas manifestaciones caciquiles durante la Restauración y la Dictadura de Primo de

⁵ VELAZCO MURVIEDRO (1982: 233-273), en un revelador artículo sobre el pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta y cincuenta, pone de manifiesto la importancia cuantitativa y cualitativa del agrarismo en ese período.

Rivera, y apenas había sido afectado durante el breve paréntesis republicano.

DEL «ES DE PUEBLO», A «SOY DE PUEBLO»

Tras este sintético análisis de los principales rasgos sociológicos, demográficos, económicos e ideológicos de la España rural y agraria tradicional, resulta conveniente destacar, enlazando con los comentarios iniciales, el selectivo «renacimiento rural» que está dándose en nuestro país en los últimos años.

Comienza a hablarse de una cierta recuperación del mundo rural español que, a menudo, se debe más que a un crecimiento negativo positivo (aunque en ciertas áreas rurales también se produce este fenómeno) a un incremento de los retornos estables (prejubilados, jubilados y neorurales), o estacionales (segundas residencias y *consuming*). En cualquier caso, no conviene olvidar que todavía hoy en torno a un 35% de la población española vive en entidades menores de 10.000 habitantes, aunque con fuertes disparidades inter e intrarregionales, y que un 80% del territorio se considera rural.

El análisis de los últimos movimientos migratorios entre áreas rurales y urbanas, así como el perfil de los grupos participantes en los mismos pone de manifiesto una nueva configuración de la sociedad rural española. Al mismo tiempo, se detecta un proceso de desagregación y terciarización en el que confluyen variados grupos socioprofesionales (por supuesto, ya no sólo agricultores) con diferentes intereses y estrategias, unas nuevas imágenes más positivas del medio rural y unas relaciones más equilibradas del medio rural y urbano.

COMO consecuencia del éxodo rural, la mecanización y la «modernización», se ha originado una lamentable pérdida del valioso patrimonio cultural y material etnológico de nuestro medio rural.



El estudio de las dinámicas sociales ocurridas en los últimos años cuestiona los modelos y las previsiones realizadas por las teorías dominantes en las pasadas décadas para las zonas rurales, que planteaban un declive irreversible de la sociedad rural española. La realidad demuestra que la evolución ha resultado mucho más compleja y que se han producido significativos cambios sociales en el ámbito demográfico (del éxodo masivo desde el campo a la ciudad entre los años cincuenta y setenta a los procesos de retorno de la ciudad al campo y de contraurbanización desde la década de los setenta); en los nuevos patrones culturales, con una búsqueda de la diferenciación de la identidad cultural y territorial, a pesar de las tendencias uniformizadoras de los procesos de globalización, y el surgimiento de «nuevos» actores sociales, específicamente relacionados con el papel de las mujeres en la sociedad rural y en el desarrollo rural.

Aunque en comparación con el medio urbano, ciertas zonas del medio rural, sobre todo las incluidas en áreas desfavorecidas, siguen presentando claras deficiencias en los niveles de equipamientos y servicios y persistan pro-

blemas de equidad social y territorial, sin embargo resulta innegable que en su conjunto se presentan notablemente más integradas territorial, económica y socialmente con el resto del país. El desarrollo de la red viaria, de las comunicaciones facilitadas por las nuevas tecnologías, la movilidad de la población y la generalización del sistema educativo han hecho del actual mundo rural español una sociedad abierta y plural.

Del peyorativo atributo «es de pueblo» característico de la España rural tradicional perfilada en este artículo, se ha pasado, por fortuna, en los inicios de este nuevo siglo, a afirmar con cierto orgullo y reconocimiento social: «soy de pueblo», y a una positiva valoración, incluso por parte de la propia juventud rural, de la ruralidad.

Se detecta una nueva sensibilidad, que integra tradición y modernidad, hacia la cultura material de esa sociedad rural tradicional, aunque el proceso de recuperación de los elementos que componen la misma resulta demasiado complejo e incompleto y, a menudo, ya es imposible reconstruir nuestra memoria colectiva: volver a ser «tal como éramos».

HOY se detecta una nueva sensibilidad, que integra tradición y modernidad, y a menudo resulta ya imposible reconstruir nuestra memoria colectiva, volver a ser «tal como éramos»...